

cion las acertadas disposiciones de vd., y el arrojado esfuerzo de los jefes, oficiales y tropa que al llenar su mision en el combate, cumplieron estrictamente las órdenes que recibieron, distinguiéndose en el cumplimiento de su deber por su valor y disciplina.

El mismo C. Presidente, justo apreciador del mérito de este hecho de armas, que honra al ejército nacional, me encarga dé á vd, y por su conducto á todos los que

en él tomaron parte, las mas expresivas gracias, asegurándole que sus servicios serán recompensados debidamente.

Independencia y libertad. México, Junio 30 de 1871.—*Mejía*.—C. general de division Sóstenes Rocha, en jefe de la 3.ª division y de la de operaciones sobre la plaza de Tampico.

Son copias. México, Junio 30 de 1871.—*E. Benitez*, oficial mayor interino."

EPILOGO DEL LIBRO SEGUNDO.

La insurreccion de los de la Ciudadela se presenta... en la insurreccion que hoy espanta sus banderas... de los verdugos... para formar idea más clara del mejor sistema de la insurreccion en el momento de los generales...

Las azonadas militares han sido siempre uno de los últimos remedios de concluir con las tiranías. Despues de ser sofocadas las revoluciones populares, los motines vienen á decir mas aún á los gobiernos, su total falta de tino para administrar los ramos de la cosa pública; llega el desenfado hasta la clase militar sin embargo de ser ésta la mas mimada por los herederos de la República.

En el 1.º de Octubre de 1871 tuvo lugar un acontecimiento que corresponde á los tenebrosos dias del gobierno del Sr. Juarez: las bayonetas habian vuéltose á los verdugos de la patria, protestando los soldados su no adhesion á la sangrienta y costosa tiranía de los hombres de la diplomacia.

El terror con que pretendió adquirir renombre la feliz espada del general Sóstenes Rocha, no fuera suficiente para imponer la paz á los mexicanos, avidos de reconquistar las libertades que usurparan los funestos autores de la nueva dinastía. La revolucion fenece y tras ella vienen nuevas insurrecciones interrumpidas nada mas por los cuadros sangrientos de las batallas y las ejecuciones dictadas desde el Palacio Nacional.

Se nos ha culpado de parcialidad y se dice que investigamos hasta los mas pequeños actos de salvajismo de los hombres del poder de entonces, que fatigamos nuestra imaginacion pintando los horrores de la guerra que nunca tuvo motivo de ser, pero tengan entendido nuestros contemporáneos que si este libro está lleno de sangre, es porque el

gobierno la derramó con profusion. Nosotros con la cámara de la opinion pública, bosquejamos los episodios de las guerras intestinas; si para lograr el gobierno del Sr. Juarez, su estabilidad en el poder hizo una guerra de conquista, culpa no es nuestra, ni tampoco ver en el mismo órgano oficial los partes de los hechos de armas en el que ostentaban los escritores officiosos un copioso derramamiento de sangre de libres ciudadanos. La gloria de aquellos generales venia con el luto nacional. Sus poemas épicos eran dictados por rencores. Sus heroicidades eran mas bien asesinatos.

La insurreccion de los de la Ciudadela se presta á muchas reflexiones. No fué un movimiento aislado, pues nadie se hubiera aventurado á acaudillar un motin en el que tomaban parte cincuenta ó cien soldados contra una guarnicion de seis mil hombres con poderosísimos elementos de guerra. No fué un motin, puesto que las defecciones y faltas de caballerosidad hicieron estériles los sacrificios del puñado de valientes que combatió la dictadura.

Nos bastará el recordar el número de los generales comprometidos en la conspiracion, que hoy ostentan sus bordados y entonces se escondieron vergonzosamente, para formar idea muy mala del mejor sosten de la independendencia nacional. (1)

Al primer metrallazo de los cañones de la Ciudadela estaban invadidos los costureros de las esposas respectivas, adonde trataban de ocultarse los ¡generales! que ya se habian distinguido en las revoluciones anteriores, como los mas astutos en las correrías de los caminos, en las poblaciones indefensas, que saqueaban sin alguna compasion.

Como Eurialo y Niso en Troya, Armendoriz y Andrade en México tenían que sucumbir, llevando á cabo su obra iniciada bajo los auspicios de una traicion, de un juramento á que faltaron los mas ¡valientes! generales que hoy han sido recompensados mas bien que los abnegados jóvenes que sostuvieron heroicamente el pabellon de la justicia popular.

El 1.º de Octubre de 1870 ha dejado un recuerdo indeleble entre los que presenciaron aquella matanza feróz, causando una justa indignacion que se hizo sentir en pocos dias.

II.

El parte oficial de aquel hecho de armas es una pieza que tiene errores punibles y que no dejaremos pasar desapercibidos. (1)

A las tres de la tarde cundió en todas direcciones de la Capital la noticia de un pronunciamiento verificado en el cuartel de gendarmes y secundado en la Ciudadela, quedando este fuerte desde luego en poder de los sublevados.

[1] Véase el Apéndice número 2.

Instantáneamente el pánico se apoderó de los señores de la administracion, y todo se volvió carreras y preparativos que anunciaban, al parecer, un suceso de la naturaleza de tales dimensiones, que en pocos momentos México quedaria sepultado por las cenizas de una erupcion volcánica.

En todas las avenidas oleaban los habitantes sin encontrar refugio. En todas las calles huian despavoridos jefes vestidos de gala, á esconder los galones de su profesion, no sin atropellar á los transeuntes y causar miles de catástrofes entre los pacíficos ciudadanos. En el Palacio Nacional se agitaban órdenes de preparar un tren *express* para Veracruz; se mandaron ensillar todos los caballos del gobierno; se guarnecieron hasta las estufas del Emperador y se puso una guardia de 200 infantes con una batería máxima de batalla, en las puertas de la Tesorería General de la Nacion, para precaver á los subalternos de un asalto anticipado en las cajas del erario nacional. La terrible confusion y el crujir de dientes de los políticos, representaban una tragedia sin anales; tragedia que acarreará un desenlace terrible, una venganza cruel para experimentar á los pueblos que anhelaban libertad.

El Palacio estaba desierto. D. Benito Juarez apeló á todos los recursos del valor civil para presentarse en su puesto sin vacilar. El grande hombre de la República era sereno en los momentos de conflicto y tal vez á esto se daba la moral que lograron los soldados del ejército. Las casas de los empleados y los militares cerráronse herméticamente; en las azoteas estaban las señoras, implorando socorro de los vecinos para esconder á sus dueños. Las alturas de los edificios públicos se cubrieron con tropa. En todas las carpinterías se mandaron hacer balsas para salvar la fosa de la Ciudadela. Antes que el edificio que defendieron los gendarmes, se asaltaron las ferreterías en busca de instrumentos de zapa; los almacenes de los comerciantes que tuvieran parque y armas; los depósitos de máquinas de coser en que hubiere agujas para armar al *puñado* (1) de valientes que se precipitó (?), en busca de ¡gloria!, ante los muros de la casa guarda-parque de la Capital.

En menos de media hora se habian organizado columnas, piquetes, guerrillas, de soldados. En unos cuantos minutos se pusieron sobre la Ciudadela miles de hombres armados y llenos de parque. Por todos lados estaban los batallones con bandera desplegada y los escuadrones con arma en guardia dispuestos á escarmentar á los que defendian la posicion. Los artilleros habian colocado las bocas de fuego sobre el edificio y á las cuatro de la tarde rompieron el fuego, satisfechos ya de que todos los comprometidos no secundarian el movimiento iniciado en el cuartel de los gendarmes.

La oficialidad en cada batallon se habia permutado. Los jefes se habian renovado y toda la tropa tenia que sujetarse inmediatamente á la nueva voz del jefe sustituto. La desmoralizacion y la desconfianza se pudieron ocultar por medios conocidos del gobierno; ya no eran posibles las defecciones de la tropa asaltante: comenzó á volver la tranquilidad á los hogares de los gobiernistas.

(1) Puñado de seis mil almas.

Siguieron en breve las invitaciones. Calmada la inquietud se presentaron al Presidente los adeptos pidiendo un rifle ó un cañón! El problema no era dudoso? Los adeptos seguian á su carta en el juego de la Ciudadela.

III.

La prision de Belem abrió sus puertas á los detenidos en aquel recinto de la justicia; no habia guardia y pudieron estos respirar otro ambiente menos corrompido, sin comprometerse. Algunos de los reos se dirigieron al campo de batalla y otros, los mas, aprovecharon la oportunidad de impedir su reaprehension á la celosa policia.

El archivo de la cárcel se entregó á las devoradoras llamas del fuego, comprendiendo sin duda el autor del incendio no ser indispensable para un gobierno que desatiende en su furor de dominio, hasta la estadística nacional.

Los presos tomaron armamento de los depósitos que poco aprovecharon, ya por su ignorancia en el manejo como por la falta de parque cuyo calibre especial no encontraron. La penuria del tiempo!

Mientras en el centro de la poblacion el militar se embravecia, en los barrios del Sur y Occidente los criminales se trocaron en guardianes de la ley, los gendarmes abrieron las puertas de la cárcel, los propietarios entregaron sus fincas al General en Jefe del Gobierno para que en uso de las leyes de la guerra mandara arrojar de su domicilio á los arrendatarios, oradar las paredes y llenarlos de cieno para dejar perenne en el perimetro de enfrente de la Ciudadela una página gloriosa del Distrito Federal.

Todo esto se hizo en media hora.

El ministro de guerra, notable por su buen olfato, no se encontraba en México, pero no hizo falta.

El Sr. general García transmitió el parte detallado que le diera el Sr. general D. Sóstenes Rocha: este servicio lo califica de importante *El Diario Oficial*. Se reunieron mas de noventa jefes que, al decir del mismo periódico, dieron flagrantes pruebas de valor, tales como el consejo de guerra que sucedió á la batalla en el que destinaron á la decapitacion á los que acusaba su fisonomía odio al gobierno. (1)

Todos los cuarteles estaban desiertos. En las calles cercanas á la Ciudadela se establecieron los campamentos de los soldados juaristas, que aprovecharon la oportunidad de cometer algunos desórdenes muy comunes en las horas de tanta agitacion.

Los clarines y las cajas de guerra comenzaron á propagar la voz de mando del general Rocha. El tiroteo comenzó y comenzó la desercion.

(1) Este consejo de guerra á las 12 de la noche fué un horroroso atentado al derecho internacional.

A las cinco de la tarde los defensores de la Ciudadela en número de 300 emprendieron una salida por la puerta del frente; rechazaron valerosamente á los mejores cuerpos de la federacion y se replegaron á sus posiciones, despues de haber hecho correr desafortadamente á la multitud de gobiernistas.

De todos los jefes que juraron por su honor militar, secundar el movimiento del 1.º de Octubre, solo el bravo soldado del pueblo general Aureliano Rivera, se presentó por el rumbo de San Cósme con algunos valientes ciudadanos, á forzar la entrada á la Ciudadela. Al llegar á la arquería el gobernador del Distrito, Sr. Castro, con 100 hombres salió á su encuentro, quedando pocos minutos despues muerto en el campo, por la guerrilla de Aureliano.

Las piezas comenzaron á vomitar fuego sin reflexionar que el acopio de parque de la Ciudadela pudiera acarrear una catástrofe: afortunadamente no fué así.

Et les bombes dans les airs,
Allant chercher le tonnerre,
Semblent, tombant sur la terre,
Vouloir s'ouvrir les enfers.

Las humaredas, el ruido, las trompetas, el miedo, todo continuaba en alternativas, quedando solo segundo por segundo un herido ó un muerto en la lid.

Las reservas de la tropa del general Pocha llegaban hasta el Palacio Nacional. Desde Chapultepec hasta San Cósme estaban estendidas las caballerías.

No parecia an la memorable tarde del 1.º de Octubre que se iba á reducir al orden á un piquete de soldados para lo que fuera suficiente un oficial con una compañía. El general Rocha necesitó mover toda la turba militar en acelerado tropel, necesitó de toda la confusion, de todo el atropellamiento para que un consejo *ad hoc* mandara matar á los rendidos presos de la cárcel de Belem.

III.

A la voz de mando del jefe Armendariz se cargó con doble proyectil una pieza que diezmó á la columna que se aproximaba á la posicion de los insurrectos.

En seguida se volvió á cargar y no se aparecieron mas gobiernistas por aquella linea de fuego que alcanzaba el homicida cañón.

Al tercer tiro la pieza no dió fuego: este era el último recurso que habia quedado á los sitiados.

Perdida toda esperanza de auxilio; vistos los cuerpos que debieron ponerse del lado de los insurrectos, hacer fuego sin descanso sobre el fuerte; sabido por los valientes que defendieron con tanta heroicidad

el punto que el gobierno tomara los hilos todos de la conspiración, restábalos poco que hacer á los pronunciados: ellos pretendieron salir en masa compacta, pero todo era inútil.

A las seis de la tarde más de mil fusiles regaban de plomo la Ciudadela. Las horadaciones y los *reconocimientos*, como dice el jefe Rocha en su parte, estaban concluidas y con ellas las esperanzas de los defensores de la Ciudadela. Tres veces rechazaron el ataque formidable que simultáneamente por tres puntos de la posición mandó verificar el general en jefe de los gobiernistas.

La sed agobiaba á los defensores, la desesperación llegó á su colmo, á cada momento parecían venirse las olas del mar Jónico á encontrarse con las del Tirseno, impelidas por vientos contrarios á chocar en un estrecho y deshacer todo lo que alcanzara su contacto.

Los pronunciados gritaban sin aliento, victoreando al general Porfirio Díaz: las salvas se suceden y vuelve una calma aterradora.

Los jefes que pudieron evadirse decían con su postrer palabra en el campo de batalla *non pur mo*, no solamente ahora.....

IV.

Dos mil hombres fuera de combate!!

México es un hospital. En el templo del Dios Huitzilopochtli se acaban de inmolar multitud de almas que produjo el erebeo de la política juarista.

Después de aquella algarabía vino la paz de los muertos coreada por las lágrimas de las viudas, los desesperados lamentos de los pacientes del bravo soldado que sucumbió valiente en cumplimiento de la ordenanza militar.

La Capital se ha vestido de luto. Los batallones diezmados por la metralla están otra vez en alta fuerza por medio del reclutamiento de la leva.

El pánico se ha apoderado de los políticos de la oposición al grado de verse obligados á negar, manifestando en la prensa, su ninguna complicación en los sucesos del primer domingo de Octubre de 1870.

En cuanto al parte oficial del general Rocha, que trasmite el señor García, diremos nuestro parecer.

Dice el Sr. D. Sóstenes Rocha que 700 hombres defendieron el fuerte de la Ciudadela. Esto no es cierto, como lo pueden comprobar los trescientos mil habitantes de México; los que defendieron el fuerte no llegaron á 600 hombres, en su mayor parte reclutas y en otra parte desarmados.

Menciona el parte que miles de bravos jefes cumplieron con su deber; cuando uno solo de estos era más que suficiente para dar el parte de la jornada!

El Sr. Rocha dice que con arrojo temerario un jefe se puso á su lado á la hora del asalto. Esto quiere decir mucho en boca del general Rocha; él mismo comprendió el mérito de llevar la vanguardia de la columna y lo confiesa.

Los defensores en las alturas, y en el parte se dice que asaltaron con raro entusiasmo, á la bayoneta los juaristas, hasta llegar á la puerta central de la posición. Este ejercicio probablemente no lo practicaron los subordinados del General en Jefe.

V.

Al terminar la función de armas del 1.º de Octubre de 1870 siguió un consejo de guerra.

Una linterna alumbraba á su vez, el rostro cadavérico del que iba á ser juzgado por aquel grupo de jueces que fallaba del destino de los prisioneros.

En un cuarto oscuro y sin ventilación alguna se amontonaron á los reos de guerra, custodiados por triple guardia y centinelas en el interior del calabozo.

Al llegar D. Sóstenes Rocha al primer patio del edificio se rindieron á discreción los desgraciados que obedecieron á la voz de la libertad.

Inmediatamente dictó el General en Jefe órdenes de fusilamientos, y en seguida se pasaron por las armas á los reos.

A la sazón el jurado inquisitorial firmaba sentencias que se aplicaban en el acto. Al dar la una de la mañana del día 2 de Octubre las salvas y los repiques victoreaban los asesinatos de la Ciudadela.

Aquel tribunal lúgubre, en el que se interrumpía el pavor por las carcajadas alcoholinas de los triunfantes, había cumplido la más negra de las obediencias y la más vil de las adulaciones.

La sed de sangre de los presuntos jueces no se apaciguaba. Alguien dijo entonces que hasta las mujeres se habían decapitado, hasta á las mujeres que imploraban la compasión de aquellas fieras.

En la Ciudadela existen hecatombes sin poderse averiguar aun quiénes reposan en aquellos sepulcros á los que nególes la caridad pública una lápida, el patriotismo un recuerdo de eterna gratitud.

Fue inmensamente cara la victoria de la Ciudadela. El lujo en el derramamiento de sangre mexicana que pudo evitarse poniendo en sitio á los defensores que se rendirían pocas horas después por la total falta de comestibles y aun de agua, vino á demostrar que todo lo había perdido el gobierno del Sr. Juárez, y que como en Tampico y en la Ciudadela, en lo de adelante se haría temer, haría imperar la vo-

